

La dehesa: ¿un paisaje en agonía?

ANTONIO PÉREZ DÍAZ
aperez@unex.es

RESUMEN

La necesaria adaptación de la dehesa a un marco físico cicatero y a unos condicionamientos socioeconómicos cambiantes, ha determinado la existencia de momentos en los que el desarrollo sostenible, entendido en su triple dimensión ambiental, económica y social, ha resultado inviable. Se valoran aquí algunas de estas situaciones y se procura llamar la atención sobre el momento actual, por entender que no sólo está en peligro su rentabilidad económica sino también, con ella, la conservación de los recursos naturales y el mantenimiento de un paisaje cultural emblemático. No en vano, la amenaza de despoblación se cierne sobre un amplio territorio extremeño en el que a la débil densidad poblacional se superponen un fuerte grado de envejecimiento demográfico, la quiebra del crecimiento natural y la persistencia de una corriente emigratoria que parece agravarse ante la actual situación de crisis económica.

PALABRAS CLAVE: dehesa, desarrollo sostenible, despoblación, agroturismo.

ABSTRACT

The necessary adaptation of the dehesa to a stingy physical framework and about changing socioeconomic constraints, has determined the existence of moments where sustainable development, understood in its triple environmental, economic and social dimension has proved unworkable. They are stated here some of these situations and seeks to draw attention to the present moment, to understand that not only endanger the economic profitability but also, with it, the conservation of natural resources and the maintenance of an iconic cultural landscape. Not surprisingly, the threat of depopulation hovering over a wide territory in Extremadura that weak population density a strong degree of demographic aging, the bankruptcy of natural growth and the persistence of current emigration overlap seems to worsen the current economic crisis.

KEYWORDS: dehesa, sustainable development, depopulation, agrotourism.

1. INTRODUCCIÓN

La dehesa, uno de los agrosistemas que ocupa mayor extensión superficial en la Península Ibérica, se propone frecuentemente como paradigma del desarrollo sostenible, probablemente por entender que durante siglos ha logrado conjugar adecuadamente los intereses medioambientales, económicos y sociales de los territorios en los que se asienta. El presente artículo se ha marcado el objetivo general de revisar, siquiera parcialmente, algunos de los supuestos que dan soporte a este planteamiento, al considerar que los criterios de rentabilidad económica que necesariamente han guiado la gestión empresarial de la dehesa, han conducido ocasionalmente hacia situaciones de tensión ambiental, económica y social que han alterado sustancialmente los cimientos de la sostenibilidad.

Como en cualquier otra actividad económica, el empresario de la dehesa debe procurar la rentabilidad de su negocio, pero siendo consciente de que ésta depende, en gran medida, de la disponibilidad y de la calidad de los recursos naturales. La gestión ambiental y la gestión económica de la dehesa sólo podrán ser compatibles cuando esté garantizada la rentabilidad de su actividad productiva. Cabe afirmar, en consecuencia, que la sostenibilidad ambiental de la dehesa no está, ni mucho menos, asegurada. Actualmente, su viabilidad económica depende en exceso de las primas comunitarias y, si estas llegaran a faltar o se redujeran, el cuidado de los pastos, el control del matorral o la atención del arbolado se convertirían en actividades gravosas y, en consecuencia, la conservación de la oveja merina, de la vaca retinta o de cualquier otra raza autóctona, con la excepción coyuntural del porcino ibérico, carecería de interés para el ganadero.

Al mismo tiempo, si todo esto ocurriera, los empresarios más pequeños o los de menor capacidad financiera se verían obligados a abandonar su actividad y a vender sus explotaciones a otros empresarios con mayor capacidad financiera, que serían los únicos capaces de afrontar la situación bien intensificando las producciones, bien diversificando los aprovechamientos o bien poniendo en valor otros recursos de la dehesa. En cualquier caso, se aceleraría un proceso de acumulación de la tierra que, como en el pasado, iría en detrimento del desarrollo de estos espacios rurales, dejando así la dehesa de encarnar un modelo de desarrollo sostenible.

Ciertamente, aún es posible adoptar medidas para rehuir esta visión apocalíptica. Algunas de ellas ya se han puesto en marcha en los últimos años, y pueden servir perfectamente de modelo para el futuro. Si el cerdo ibérico ha conseguido superar graves situaciones de crisis y situarse en niveles intere-

santes de rentabilidad sin recibir primas comunitarias, habrá que tratar de que ocurra lo mismo con los terneros y corderos que constituyen el grueso de la producción de la dehesa.

El camino está marcado e inexcusablemente habrá de pasar por la creación de mercados específicos de calidad en los que el consumidor valore la naturaleza de unos productos únicos por los que, en consecuencia, estará dispuesto a pagar unos precios que garanticen la viabilidad económica de las explotaciones. Y habrá que procurar, además, que esta actividad genere en el medio rural todo el valor añadido que hoy sale fuera con destino a cebaderos, mataderos y empresas de comercialización controladas y dirigidas desde medios urbanos extrarregionales.

Tampoco deben ignorarse los aprovechamientos emergentes de los espacios adeshados. La caza comercial, el agroturismo o el disfrute de la naturaleza, aún no están ni suficiente ni convenientemente desarrollados, pero están llamados a constituir un complemento importante para la economía de la dehesa (Campos, 1993 y 1994).

En suma, pues, este trabajo no pretende otra cosa que llamar la atención sobre la delicada situación que atraviesa la dehesa. La amenaza, más o menos larvada, que representa la superposición de problemas ambientales, económicos y sociales, no solamente puede constituir un obstáculo insalvable para el desarrollo sostenible de buena parte del territorio regional, sino también, con ello, la agonía de este paisaje emblemático de Extremadura.

2. EXTENSIÓN Y LOCALIZACIÓN

Con independencia de su origen (Rubio, 1999; Gómez, 1992; San Miguel, 1994; Coromines y Pascual, 1980-1991) la dehesa se define como "... una explotación multiproductiva, asentada en el O y SO peninsular, sobre suelos pobres y poco desarrollados, en general ácidos, con condiciones climáticas semiáridas mediterráneas de transición, sobre topografías desde llanas a onduladas, nunca agrestes; de vocación forestal, con predominio de quercíneas y, entre ellas, de la encina, pero sin su densidad natural, puesto que han sido aclaradas o ahuecadas por el hombre hasta dejar de existir en ciertos casos; como elemento forestal de sustitución aparece espontáneamente el matorral, aunque el hombre lo que busca es la creación de herbazales, para un aprovechamiento predominantemente ganadero –ovino, bovino, cerda y cabrío, sobre todo- en régimen extensivo; pudiendo realizarse, si suelo y topografía lo permiten, cultivos de turno largo y ocasionales tipo roza" (Rubio, 1999: 155-56).

A todo ello habría que añadir que, especialmente desde finales de los ochenta, al reconocimiento de su función productiva se viene superponiendo el de su creciente valoración ambiental y paisajística lo que, además de despertar una cierta preocupación institucional por su conservación, también ofrece nuevas alternativas económicas para estas explotaciones.

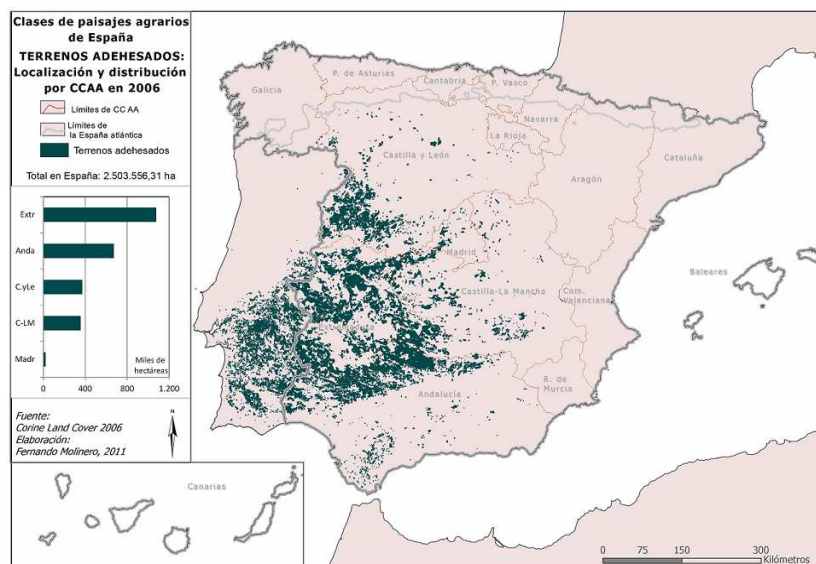


Figura 1. Mapa de distribución de la dehesa en la Península Ibérica

La dehesa constituye uno de los agrosistemas de mayor significación territorial en la Península Ibérica, en donde ocupa espacios de enorme amplitud y continuidad. España, por su parte, es el país que atesora una mayor extensión de terrenos adehesados, que están especialmente representados en la región extremeña. Zamora, Salamanca, Ávila, Toledo, Ciudad Real, Huelva, Sevilla y Cádiz, son algunas de las provincias españolas en las que también se registra la presencia, aunque en proporciones menos significativas, de espacios

adehesados. Pese a todo, es fácil precisar su extensión superficial. Las estadísticas forestales la incluyen entre la superficie de montes identificándola con el área de expansión de las quercíneas, sin diferenciar si se trata de bosque mediterráneo o de dehesas propiamente dichas; las estadísticas agrarias se centran en las áreas de pastos y otros ámbitos de aprovechamiento ganadero, separándolos de la vegetación arbórea intercalar consustancial a los paisajes de la dehesa. No debe extrañar, en consecuencia, que mientras algunos autores cifran su extensión en 2,89 millones de ha (Moro, 1995), otros la eleven hasta los 4,35 millones (Muslera y Ratera, 1984) o incluso a los 9,5 millones de ha entre dehesas españolas, tanto arboladas como desarboladas, y montados portugueses (Campos, 1994). Fuentes más actuales y precisas, como el Corine Land Cover, la incluyen entre los denominados “sistemas agroforestales”, cifrando su superficie en el año 2000 en 2.453.000 ha para el conjunto español.

Territorialmente ocupa el Suroeste de la Península Ibérica, coincidiendo en términos físicos con la España silíceo de suelos poco profundos y oligotróficos sobre pizarras y granitos y clima semiárido o subhúmedo, fuertemente fluctuante tanto a nivel estacional como anual (Gómez, 1987). En términos socioeconómicos, coincide con un espacio fuertemente afectado por la emigración de los años sesenta y setenta, por lo que, desde entonces, adolece de una baja densidad demográfica, elevados niveles de envejecimiento, excesiva dependencia agraria y altas cotas de desempleo (Pérez, 1988; Rivera, 1992). Con toda probabilidad, tales circunstancias, unidas a la extensividad de los aprovechamientos y la escasa presión urbanística, han posibilitado preservar los grandes valores naturales y estéticos que hoy se le reconocen y que han permitido que venga incrementándose el número de dehesas que tratan de diversificar su actividad económica con otros usos turísticos y cinegéticos con los que complementar sus ingresos. Pese a todo, tales posibilidades quedan limitadas a tipologías muy concretas de dehesa y, en modo alguno, a la mayoría de ellas.

3. LAS EXIGENCIAS DEL MEDIO NATURAL

Habitualmente la dehesa se propone como paradigma de la capacidad humana para adaptarse a unos condicionamientos geográficos que limitan sobremanera las posibilidades de aprovechamiento agrario. No es difícil, ciertamente, defender esta opinión. Durante siglos, el hombre ha sido capaz de construir y mantener un paisaje cuya preservación plantea una exigencia fundamental: armonizar el uso y la conservación de los recursos naturales o, lo que es lo mismo, conjugar los intereses económicos con los ambientales.

No ha sido ni es, ciertamente, una tarea fácil, pues tan necesario objetivo se encuentra supeditado a los impedimentos que oponen la topografía, el clima, la mediocridad de los suelos y, en función de tales condicionamientos, la debilidad y aleatoriedad de la producción vegetal y la escasez e irregularidad de los recursos hídricos.

Ciertamente, las dificultades topográficas no tienen por qué ser determinantes en el funcionamiento de la dehesa o, al menos, no llegan a ejercer una acción tan concluyente como en los espacios de montaña. Es cierto que sectorialmente pueden impedir la práctica de cultivos, obstaculizar el trabajo de la maquinaria y obligar a una selección del ganado en función de la capacidad de éste para sortear este tipo de dificultades. Sin embargo, la verdadera importancia del relieve se significa en la presencia de subsistemas dentro de la dehesa y en la articulación y la transferencia de nutrientes que se produce entre ellos.

De forma natural, el agua, los minerales y la materia orgánica emigran desde las zonas altas a las bajas que, en consecuencia, disponen de suelos más profundos, más fértiles y con mayor disponibilidad de agua y producen pastos más jugosos. Los llanos y las laderas más suaves, donde el riesgo de erosión es más débil, han constituido tradicionalmente los sectores destinados a la siembra de cereales y leguminosas; el arbolado alcanza mayores densidades en los terrenos donde la pendiente imposibilita el cultivo, y las cumbres y cabezos constituyen las manchas donde ramonean las cabras y donde se oculta esa fauna cinegética cuya gestión sigue constituyendo la asignatura pendiente de la dehesa.

El ganado, por su parte, actúa como un “vector de fertilidad” contrario a la gravedad, ya que, aunque alternando temporalmente sus preferencias, transita entre las zonas bajas, donde se alimenta, y las altas, donde establece sus querencias. Mediante sus deyecciones, pues, transfiere energía de unos emplazamientos a otros (Fernández, 1998).

Considerado en sus valores medios, el clima no debiera constituir un obstáculo relevante para la práctica de la ganadería extensiva. Las precipitaciones medias anuales, con valores que oscilan entre los 450 mm de los terrenos más bajos e interiores y los más de 650 mm de áreas serranas, son suficientes para cubrir las necesidades medias del arbolado y los pastos. Pese a su rigor estival, tampoco las temperaturas plantean severas exigencias de manejo para unas razas ganaderas autóctonas cuyo elevado grado de rusticidad les permite soportar a la intemperie tanto el frío invernal como el calor de los estíos. Bien es

cierto, no obstante, que tanto en uno como en otro caso se produce una escasez de alimentos que exige una suplementación del ganado bien basada en granos, rastrojos y ramones, como ocurriera antaño, bien en henos y piensos, como suele ser habitual ahora.

Pero estos valores medios de precipitaciones y temperaturas no permiten valorar adecuadamente las limitaciones impuestas por el clima. El verdadero obstáculo radica en la irregularidad anual e interanual de las precipitaciones. En su ritmo anual éstas llegan con el otoño, aumentan gradualmente hasta alcanzar su máximo en los meses centrales del invierno e inician un progresivo descenso que tras la primavera desemboca en los mínimos absolutos de julio y agosto. Pero este régimen medio enmascara la existencia de acusadas fluctuaciones. A años excepcionalmente lluviosos pueden sucederles otros extraordinariamente secos. Algunos otoños no hacen más que prolongar la aridez estival, que también suele caracterizar en ocasiones a gran parte de la primavera. Poco puede hacer, pues, el ganadero ante tales imprevistos meteorológicos. De ahí que sean éstos los principales responsables de algunas de las situaciones de riesgo a que se ve abocada la economía de la dehesa. Y no sólo por la escasez de hierba y pasto, que agudizan los problemas de disponibilidad de alimentos para el ganado y minan la economía de la empresa agraria, sino también por los graves inconvenientes que plantea la falta de agua.

El suelo, otro factor de innegable significación en la configuración de los paisajes de dehesa, también impone graves limitaciones productivas a este tipo de agrosistemas. Formado generalmente sobre pizarras y granitos, el soporte edáfico de la dehesa suele aparecer caracterizado por su poca profundidad y elevada erosionabilidad, escaso contenido en materia orgánica, débil capacidad para retener la humedad, excesiva pedregosidad y bajo pH... circunstancias todas explicativas de la vocación pecuaria de estos terrenos y de la tradicional importancia del barbecho y la amplitud de las rotaciones en la hoja de labor.

Por último, la vegetación constituye un factor natural de influencia decisiva en la configuración y el equilibrio ecológico de la dehesa. En sus diferentes estratos, actúa reduciendo la erosión por salpicadura y escorrentía; protege al suelo de una insolación excesiva, previniéndole de una pérdida rápida de humedad; atenúa la radiación nocturna y el consiguiente efecto de las heladas; favorece la filtración, dota al suelo de materia orgánica, fósforo y potasio... al margen de proporcionar los recursos pastables necesarios para la alimentación del ganado (Zavala, 2004).

Relieve, clima, suelos y vegetación son pues factores decisivos en la productividad y rentabilidad de las explotaciones ganaderas y en la configuración de los paisajes adhesados. Se conforma así un marco natural de extrema fragilidad en el que la intervención del hombre resulta a la vez esencial y comprometida tanto en términos económicos como medioambientales.

La actuación humana es imprescindible para garantizar la conservación del suelo, asegurar el mantenimiento del arbolado y permitir el control del matorral. No en vano, el simple abandono del cultivo o el espaciado excesivo en la poda de encinas y alcornoques, derivan en un apelmazamiento del suelo, una invasión del matorral, un aumento de la producción de leña en detrimento de la bellota o el corcho y, en suma, una merma de la capacidad productiva del propio arbolado y de los pastos.

Pero, al mismo tiempo, determinadas acciones pueden resultar contraproducentes para la dehesa. El laboreo excesivo o la sobrecarga ganadera pueden conducir a la erosión y agotamiento del suelo y a un empobrecimiento del pastizal. De igual modo, las podas abusivas y el aclareo indiscriminado pueden desencadenar la desaparición del arbolado, con la consiguiente merma de recursos económicos y medioambientales que ello supondría.

Pese a tales riesgos y dificultades, el empresariado agrario de la dehesa ha logrado compatibilizar el uso y la conservación de los recursos naturales durante siglos, y lo ha hecho practicando un sistema multiproductivo basado en el aprovechamiento mixto del monte, el pastizal y el terreno de labor. En esencia, esta complementariedad en el uso de suelo y vuelo ha mostrado signos de estabilidad a lo largo del tiempo. Sin embargo, con éste han cambiado los condicionamientos socio-económicos, técnicos y culturales. Y, con ellos, lo han hecho también los hombres, sus necesidades, sus inquietudes y sus métodos de trabajo. No es difícil comprobar, al respecto, que la dehesa ha pasado de ser considerada como uno de los reductos del latifundismo en su más peyorativa concepción, a uno de los sistemas paradigmáticos de la armonía en la relación entre el hombre y la naturaleza, entre la rentabilidad económica y la preservación del medio ambiente (Pérez, 1994).

4. INCIDENCIA DE LOS CAMBIOS DE CONTEXTO SOCIO-ECONÓMICO

Si el adecuado funcionamiento de la dehesa ha requerido una adaptación secular a los imperativos de índole natural, su rentabilidad económica ha exigido no pocos esfuerzos empresariales para afrontar tanto los cambios en las

condiciones de producción como en las de mercado. En líneas generales, podrían establecerse tres etapas distintas en la evolución reciente de la dehesa.

La primera de ellas debe hacerse coincidir con el largo período en que se consolidó el esquema productivo de la dehesa tradicional. Sus rasgos más definidos aparecen relacionados con la abundancia y bajo precio de la mano de obra, circunstancias ambas que generaron un marco adecuado para la sostenibilidad ambiental, social y económica de este tipo de explotaciones.

La segunda etapa se caracterizó por la incorporación de la dehesa a un proceso de modernización e intensificación productivas que se desarrolló a partir de los años sesenta y que debe relacionarse tanto con los cambios en las condiciones de producción que se derivaron del éxodo rural, como con el surgimiento de algunos problemas que determinaron la crisis económica de estas explotaciones: la aparición y difusión de la Peste Porcina Africana, el abaratamiento de los precios de la lana y, entre otros, el encarecimiento de los jornales y las profundas modificaciones que experimentó la demanda de productos de origen ganadero.

Finalmente, la tercera etapa se iniciaría con la incorporación de España a la antigua Comunidad Económica Europea, lo que supone nuevos intentos de adaptación a los continuos reajustes que exige la aplicación de la Política Agraria Comunitaria (PAC), las nuevas exigencias de los consumidores en temas de calidad y seguridad alimentarias, las fluctuaciones en la demanda de productos ganaderos, el encarecimiento de los costes de producción y otros múltiples acontecimientos que afectan al sector y que ponen en entredicho la sostenibilidad de la dehesa.

4.1. La dehesa tradicional

Para afrontar las dificultades productivas, la dehesa tradicional apoyaba su funcionamiento en cuatro pilares fundamentales (Pérez, 1988). En primer lugar, en una selección de especies y razas ganaderas autóctonas acorde con la cantidad y calidad de los recursos pastables o, lo que es lo mismo, acorde con su grado de resistencia y su aptitud para transformar en carne los pastos, frutos, ramones y subproductos agrícolas propios de estos territorios. Destacaban, de este modo, la oveja merina, el cerdo ibérico y el vacuno retinto y avileño, por citar los ejemplos más representativos. En segundo lugar, la dehesa tradicional mantenía una carga ganadera lo suficientemente débil como para poder asumir los riesgos inherentes a la irregularidad del clima. En tercer lugar, y debido a las características fisiológicas de las especies y razas autóctonas

predominantes en la cabaña y, concretamente, en función de su escasa precocidad y de su bajo índice de conversión, la dehesa tradicional se caracterizó por la amplitud de los ciclos productivos que era necesario cubrir para obtener un animal productivo o con el peso requerido para el sacrificio.

Finalmente, para hacer frente a tales condicionamientos productivos, la dehesa necesitaba el concurso de una mano de obra tan abundante como especializada en las más diversas tareas. Para lograr la rentabilidad de sus producciones era preciso disponer de reservas alimenticias obtenidas en la hoja de labor, y era imprescindible cuidar del arbolado, recoger y almacenar bellotas, contener manualmente la invasión del matorral, manejar al ganado y otra larga serie de labores de las que no deben excluirse las relacionadas con la gestión propia de cualquier actividad económica. En la dehesa encontraban empleo, fijo o eventual, guardas, manijeros, gañanes, porqueros, pastores, cortadores, sacadores de corcho, apañadores de bellota, piconeros, yunteros y aparceros que no sólo garantizaban el funcionamiento de las grandes explotaciones sino que además, debido a la baja cuantía de sus salarios, avalaban su autonomía económica y la obtención de sus plusvalías.

Sin lugar a dudas, la adaptación funcional de la dehesa a los condicionamientos ambientales no hubiera sido posible sin la disponibilidad de una mano de obra abundante y barata, sin el atraso tecnológico y la baja capitalización del campo, sin la secular persistencia de una demanda perfectamente adaptada a la estacionalidad y composición de la oferta, sin el mantenimiento de unos niveles de renta que apenas se vieron alterados durante décadas, sin un contexto económico y político que imponía la resignación y el conformismo como normas de conducta social o sin un horizonte humano huérfano de esperanzas. De forma concatenada, todas estas circunstancias garantizaron durante siglos la gestión racional de un medio natural cicatero y frágil. Un medio que, pese a sus limitaciones, daba soporte a una actividad económica que resistía la creciente presión de una población que alcanzó el mayor dinamismo vegetativo de su historia en el ecuador de la pasada centuria. Ciertamente es que, poco tiempo después, todos estos presupuestos se vieron sustancialmente alterados. Se precipitaba así la crisis de la dehesa tradicional y la de todo el territorio que secularmente se había vertebrado en torno a este tipo de explotaciones.

4.2. Crisis del modelo tradicional

La emigración de gran parte de los jornaleros del campo, la subida de los salarios, el incremento y modificación de la demanda que se derivó del aumento de la renta per capita, la necesidad de abastecer de manera continua los merca-

dos urbanos, el derrumbamiento de los precios de la lana, principal producción del ganado ovino y motivo de merecida fama que alcanzó la oveja merina en el pasado, la aparición de la Peste Porcina Africana que afectó, por tanto, a la segunda especie más numerosa de la cabaña ganadera y llevó a la ruina a no pocas explotaciones ganaderas y, en fin, los nuevos planteamientos de la política agraria, obligaron a los empresarios a revisar sus esquemas productivos.

La extensividad, la obtención de cultivos y productos animales de marcado carácter tradicional, las bajas cargas ganaderas y el elevado consumo de trabajo humano que hasta entonces habían caracterizado y, sobre todo, garantizado la viabilidad económica, social y medioambiental de la dehesa, se convirtieron a partir de los sesenta en un pesado lastre para su viabilidad económica. El equilibrio preexistente entre economía, población y aprovechamiento de los recursos ambientales sucumbió ante el obligado afianzamiento de unos planteamientos marcadamente rentabilistas. No en vano, los esfuerzos del empresariado de la dehesa debieron encaminarse desde entonces hacia la consecución de tres objetivos prioritarios: ahorrar mano de obra, acortar los ciclos de producción animal y adaptar sus producciones a las exigencias de una demanda sustancialmente distinta a la preexistente. Paradójicamente, los medios arbitrados para conseguirlos iban a cercenar las posibilidades de desarrollo económico de los espacios adehesados y removerían los pilares de la sostenibilidad de la dehesa tradicional.

La imperiosa necesidad de reducir los costes salariales llevó al empresariado a reducir, espaciar o, las más de las veces, suprimir la hoja de cultivo. El abandono del aprovechamiento agrícola, perfectamente integrado en el complejo engranaje que articulaba el funcionamiento de la dehesa tradicional, no sólo tuvo unas consecuencias económicas perfectamente constatables en la pérdida de autonomía financiera de la empresa agraria, sino también ambientales y sociales. En el primer caso, la ausencia del arado no tardó en facilitar el apelmazamiento de los suelos, la invasión del matorral y el embastecimiento de los pastos. En el segundo, el desempleo forzado de jornaleros y aparceros, reavivó las llamas de una corriente emigratoria que dejó huérfanos de jóvenes a los pueblos y a los campos (Pérez et al., 2012).

Pese a todo, la falta de trabajo ha continuado actuando como un verdadero cáncer para el desarrollo de los espacios adehesados. Por eso, cuando la emigración dejó de ser la única alternativa a la ruptura de la relación simbiótica que la dehesa había mantenido con los pobladores de su territorio, hubieron de implementarse políticas asistenciales que aún hoy se mantienen vigentes. Tal fue el caso de la implantación del Empleo Comunitario en 1972, de su sustitu-

ción en 1984 por el Plan de Empleo Rural (P.E.R) y la de éste, en 1996, por el Acuerdo para el empleo y la Protección social Agraria (AEPSA), modalidades éstas últimas que sólo fueron de aplicación en Extremadura y Andalucía.

En algunas ocasiones, la crisis ganadera hizo que el empresariado apostara por una cerealicultura mecanizada que también repercutió negativamente en la generación de empleo. En estos casos, además, la necesidad de facilitar el trabajo de la maquinaria, la crisis de las montaneras y la escasa demanda de leña y carbón, fueron suficientes para desencadenar arranques y aclareos de encinas de todo punto injustificables: la cifra de 134.000 hectáreas de encinar arrancado en Badajoz entre 1962 y 1974 que señalan algunos estudios, o las de 20.000 hectáreas de encinar descujado anualmente que señalan otros autores, son de sobra elocuentes para valorar lo que dichas talas han debido suponer en el agotamiento, erosión y degradación de unos suelos de clara vocación pecuaria (Elena et al., 1982). En no pocos casos, ello ha representado la destrucción de la cobertura vegetal con el consiguiente aumento de la escorrentía superficial, la destrucción de la flora y la fauna originales, la erosión del suelo y, a la postre, la conversión de estos terrenos en eriales y baldíos.

Tampoco el acortamiento de los ciclos productivos y la acomodación de la oferta a la demanda estuvieron exentos de efectos negativos sobre la sostenibilidad de la dehesa. La consecución de estos dos objetivos, condición sine qua non para garantizar la viabilidad económica de estas explotaciones en el nuevo contexto socio-económico, debió pasar por una mejora genética y alimenticia de la cabaña ganadera (Pérez, 1993). La primera de esas vías exigió la introducción de animales de razas extranjeras bien para su explotación en pureza, bien, las más de las veces, para la práctica de cruzamientos industriales con reproductoras de razas locales. Fue así como se consiguió aumentar la prolificidad y la precocidad de la cabaña y se obtuvieron canales más adaptadas al gusto de los consumidores, al tiempo que se conservaba la rusticidad del ganado autóctono.

Por su parte, la mejora alimenticia se basó en la utilización creciente de piensos de origen industrial que, además de reemplazar a los cereales y leguminosas que antaño se obtenían en la hoja de labor, debían satisfacer las mayores exigencias nutritivas que comportaba la especialización productiva de la nueva cabaña. Los costes en alimentación vienen representando desde entonces uno de los capítulos más importantes en el conjunto de gastos de la empresa agraria. Una empresa que, en definitiva, se ha visto obligada a sacrificar su independencia genética y alimenticia en aras de la modernización.

En conclusión, pues, el proceso de modernización pecuaria que se inició en los años sesenta supuso un drástico cambio en la relación entre el hombre, la economía y el medio ambiente. Mientras que hasta entonces fueron los condicionantes físicos los que definieron una configuración muy concreta del modelo ganadero, a partir de estas fechas fueron las circunstancias de índole socio-económica las que impusieron sus condiciones. Para afrontar el aumento de los salarios y las nuevas exigencias de la demanda había que romper con los moldes tradicionales de explotación y ello, qué duda cabe, ha tenido su reflejo más o menos inmediato y más o menos ostensible sobre el marco natural.

De este modo, ese proceso de modernización ha supuesto un aumento significativo de la carga ganadera, que ha pasado de los 65 Kg. de peso vivo/Ha. en 1962, a los 185 Kg./ha actuales (Escribano et al., 2002). Son frecuentes los casos de sobrecarga estacional y sobrepastoreo, con los consiguientes riesgos de degradación del estrato herbáceo, la destrucción de la estructura edáfica superficial y, en relación con ello, la erosión del suelo.

Además, al aumentar la carga ganadera se incrementa el aporte de estiércol al suelo, una consecuencia ésta que es positiva, en general, puesto que enriquece el contenido en materia orgánica del mismo, pero que si no se acompaña de un adecuado sistema de majadeo implica una contaminación de determinados sectores de la explotación, máxime cuando ahora esos residuos orgánicos contienen un grado variable de sustancias químicas utilizadas en la fabricación de piensos, correctores vitamínicos y productos zoonosanitarios. La presencia de encinas secas o muy deterioradas en los sestiles o mosquiles donde se acumulan las deyecciones animales, es común en la dehesa.

Por otro lado, la importación de animales de razas extranjeras llegó a poner en peligro de desaparición algunos de los recursos genéticos que garantizaban una perfecta adaptación medioambiental. Así ocurrió con el vacuno de la raza Blanca Cacerña y, aunque hoy pueda resultar inverosímil, con el porcino de la raza Ibérica: mientras que en 1955 las reproductoras de cerdo ibérico representaban el 36,6 por 100 del total de cerdas de vientre censadas en España, en 1982 su participación había quedado reducida a un 3,9 por 100 (Pérez, 1988)

De igual modo, algunos empresarios optaron por reconvertir parte de los terrenos de su explotación hacia un uso forestal, repoblando determinadas zonas con especies alóctonas, fundamentalmente eucaliptos, con todas las consecuencias medioambientales que de ello se derivan: arranque y descuaje de la vegetación preexistente; preparación del suelo para acoger las nuevas

especies forestales; alteración del régimen termohídrico del suelo, variación del pH, mezcla de horizontes, aumento de la erosión, eliminación de algunas especies faunísticas adaptadas a la vegetación preexistente, aumento de la turbidez del agua en las inmediaciones y, obviamente, un claro e intenso impacto paisajístico (Márquez, 1977. Alvarado, 1983).

En definitiva, la quiebra del sistema productivo tradicional supuso el surgimiento de cambios sensibles en el paisaje tradicional de la dehesa. El arranque de encinas o las repoblaciones con especies arbóreas de rápido crecimiento se encuentran, obviamente, entre los más impactantes. También lo fueron los asociados al abandono de los cortijos y el derrumbamiento del caserío y de los chozos que durante siglos albergaron a los trabajadores de la dehesa. Otras transformaciones se asociaron al proceso de modernización productiva, que dio lugar a la aparición de cercas de alambre, charcas artificiales, almacenes para piensos y forrajes, majadas y silos metálicos destinados todos ellos a racionalizar el manejo del ganado en aras del máximo ahorro en mano de obra. Con el tiempo, se abrieron nuevas vías para el paso de automóviles, tractores y camiones, que sustituyeron a las antiguas veredas y caminos de herradura y modificaron igualmente la fisonomía del territorio.

A grandes rasgos, estos podrían ser algunos de los cambios más significativos en el proceso de configuración de la dehesa actual. Es cierto que detrás de ellos se ocultan un sinnúmero de detalles y matices, pero lo expuesto puede ser suficiente para valorar las consecuencias sociales y medioambientales que se han derivado de algunas actuaciones humanas decididamente encaminadas a mantener el nivel de rentabilidad de las explotaciones, a no perder el tren de la modernización que se puso en marcha a lo largo de la década de los sesenta y, en fin, a afrontar los múltiples retos que han planteado los intensos cambios experimentados en el contexto socio-económico. Fue así, en definitiva, como se configuró la dehesa que, como el resto del sector agrario, se incorporó a la antigua CEE el 1 de enero de 1986.

4.3. La problemática actual

Cuando se formalizó la adhesión comunitaria, la dehesa se encontraba sumida en una crisis de rentabilidad que se debía tanto al progresivo encarecimiento de los principales insumos, como a la falta de control de los mercados y la consiguiente fluctuación de los precios del ganado. Si bien se había logrado un sensible incremento en los niveles de productividad ganadera merced a la práctica de cruces industriales, el aumento cuantitativo y cualitativo de la ali-

mentación animal y la mejoras infraestructurales introducidas, lo cierto es que aún quedaban pendientes de solución algunos problemas que afectaban a los más destacados recursos de la dehesa y también a sus producciones. En el primer caso, merece destacarse la pérdida de rentabilidad de la leña, lo que inducía a una falta de atención a las labores culturales del arbolado. En el segundo caso, debe significarse la persistencia de la Peste Porcina Africana, que igualmente mermaba el interés económico de las montaneras y, en consecuencia, por el cuidado del arbolado; y, de forma general, las fluctuaciones anuales e interanuales del precio del ganado, con la consiguiente inseguridad económica para las explotaciones. Y todo ello agravado, además, por la falta de mataderos e industrias con una mínima capacidad para el sacrificio y la elaboración de los productos ganaderos, la falta de canales de comercialización organizados desde dentro de la región y la falta de un tejido asociativo capaz de influir en el abaratamiento de los costes de producción y un control del mercado de ganado. Como ocurriera antaño y continúa sucediendo en buena parte de los casos, los espacios adeshados eran exportadores netos de terneros, corderos, cerdos, corcho y leña, por señalar tan sólo algunas de las más genuinas producciones de la dehesa. No es de extrañar, en consecuencia, que la adhesión comunitaria resultara inquietante, cuando menos, para el sector.

Desde una perspectiva actual, sin embargo, es necesario hacer una valoración positiva de los efectos de la adhesión comunitaria, hasta el punto de poderse afirmar que la Política Agraria Común se ha convertido en el eje vertebrador de la dehesa. Además de contribuir a mantener la renta de los productores, la aplicación de la PAC ha mejorado la formación y capacitación del empresariado, ha favorecido el desarrollo tecnológico del sector, ha servido para fomentar el asociacionismo entre los productores, ha incentivado la readaptación de las unidades de producción y ha reactivado la industrialización y comercialización de algunos productos ganaderos, determinando con ello un aumento y una modificación en la composición interna de la cabaña ganadera.

La asunción de la PAC ha venido reportando sustanciosas ayudas económicas a la ganadería y ha contribuido decisivamente a reflotar la situación socio-económica del amplio marco territorial en el que se inserta la dehesa. En tan bonancible ambiente, se produjo un replanteamiento de muchas de las situaciones perversas que antaño amenazaron la integridad ambiental de la dehesa, erosionaron sobremanera su rentabilidad económica y reavivaron el flujo emigratorio en tan vasto territorio rural. Una vez más, los vientos favorables a la economía permitieron corregir los desvaríos que se cometieron en la gestión ambiental y empresarial de la dehesa.

Las primas comunitarias al ovino y la vaca nodriza, que frecuentemente llegan a representar en torno al 35 % de la producción final de estas especies, las ayudas por extensificación, los ingresos percibidos en concepto de riesgo de despoblación, entre otros beneficios comunitarios, han servido para capitalizar unas explotaciones que afrontaban graves problemas financieros. Las ayudas a la forestación de tierras agrarias, por su parte, no sólo han permitido la repoblación y mejora forestal de cientos de miles de hectáreas, sino que también han generado cientos de miles de jornales en los medios rurales, con el consiguiente alivio del desempleo agrario, y han suscitado la creación de numerosas empresas dedicadas a la producción de planta forestal y la prestación de los múltiples servicios demandados por los beneficiarios de estas ayudas.

En idéntico sentido se conjugaron las variables ambientales, sociales y económicas, tras el relanzamiento del mercado del cerdo ibérico. La erradicación de la Peste Porcina Africana, la creación de mercados específicos de calidad, la creciente demanda de jamones y embutidos y el aumento subsiguiente de sus precios, reavivaron el interés por la atención y cuidado del arbolado de quercíneas, mejoraron la renta de los ganaderos, propiciaron un sensible aumento del número de mataderos y fábricas de embutidos y, contribuyeron, en fin, a mejorar el nivel de vida de la población y a equilibrar su balance migratorio. Todo parecía indicar que la dehesa había vuelto a convertirse en un modelo incontrovertible de desarrollo sostenible.

Nada más lejos de la realidad. Entonces y ahora la sostenibilidad de la dehesa era y sigue siendo artificial. Su rentabilidad económica depende en exceso de las primas comunitarias y, en consecuencia, de las decisiones al respecto que se adopten en el seno de la Comisión de Agricultura de la Unión Europea.

Tras la denominada “crisis alimentaria” surgida en el verano de 2007, el encarecimiento de los cereales y la bajada del precio de corderos y terneros han determinado una intensa erosión en la renta de los productores de la dehesa, al reducirse alarmantemente sus márgenes de beneficio.

Desde esas mismas fechas, y tras una década de inusitada bonanza, el subsector del ibérico hubo de afrontar un problema de superproducción que ha derivado en el derrumbamiento de los precios hasta situarse por debajo de los costes de producción. La falta de clarificación del mercado no ha logrado proteger al cerdo ibérico criado en la dehesa, de la competencia del obtenido mediante sistemas de producción intensivos, cuyos productos alcanzan los mercados a precios mucho más competitivos (Pérez, 2008).

Desde el 1 de enero de 2010, y en aplicación de las nuevas medidas adoptadas en la última reforma de la PAC, se ha producido el desacoplamiento total de las ayudas al ovino y caprino (Pérez, 2008), lo que, dada la situación de crisis actual, puede incentivar el abandono de la actividad en buena parte de las dehesas que centran su producción en estas especies ganaderas. Sólo las ayudas a la vaca nodriza permanecerán vinculadas al mantenimiento de la cabaña, pero es obvio que esta especie no está capacitada para aprovechar con eficiencia todos los recursos pastables hasta ahora destinados a ovejas y cabras.

Sin necesidad de abundar en otras consideraciones de esta índole, cual es el caso de la crisis del corcho, la leña y el carbón, es fácil advertir que estas circunstancias apuntadas están minando la sostenibilidad de la dehesa. La pérdida de rentabilidad de las explotaciones está provocando un abandono de la actividad en el subsector porcino, está desincentivando la incorporación de jóvenes agricultores y está generando un aumento del desempleo agrario. No es de extrañar que la atención y mejora de los pastos, el control del matorral y la poda de encinas y alcornoques se hayan convertido en actividades gravosas y carentes de interés empresarial, del mismo modo que no debe sorprender la falta de interés por propiciar la regeneración del arbolado de la dehesa, tan necesaria ante su elevado grado de envejecimiento y fosilización, o por conservar el caserío de la dehesa y otros muchos elementos arquitectónicos en desuso (tinados, zahúrdas, silos, molinos, cercas de piedra, etc.).

Las dificultades económicas, los problemas sociodemográficos que se asocian a ellas y las amenazas que se ciernen sobre el medio ambiente de la dehesa, difícilmente permitirán seguir considerándola como paradigma del desarrollo sostenible (Grupo de Trabajo Interconsejerías sobre la Dehesa, 2006). Una vez más se rompe el siempre difícil equilibrio entre ecología y economía y, en consecuencia, se plantea un riesgo inequívoco de deterioro del paisaje y, en general, del rico y variado patrimonio de la dehesa. A medio y largo plazo, tal circunstancia puede arruinar el potencial de diversificación económica con que cuentan estos espacios pues, como ya afirmamos en otra ocasión, “la conservación de los recursos ambientales de la dehesa sólo estará garantizada en la medida en que lo esté su rentabilidad económica y, hoy por hoy, ésta depende más de la financiación pública que del mercado” (Pérez, 2005: 117).

Junto con las actividades agrarias que han permitido tradicionalmente el aprovechamiento integral de la dehesa, y como complemento de éstas, el empresariado debe poner en marcha nuevas iniciativas que le permitan valorizar algunos de sus más genuinos recursos patrimoniales, desde los estricta-

mente paisajísticos a los ambientales, artísticos, culturales, gastronómicos y recreativos. Y, de forma imperiosa, debe procurar que su innegable contribución a la conservación de bienes públicos que son accesibles al conjunto de la sociedad, sea convenientemente valorada y remunerada (Campos, 1993 y 1994).

No en vano, la “rentabilidad artificial” de la dehesa apenas sirve para maquillar mínimamente la incidencia de múltiples problemas que no sólo impiden la sostenibilidad ambiental, económica y social de estas explotaciones, sino que además representan una seria amenaza para la conservación y la transmisión, a las generaciones futuras, de este legado paisajístico.

4.3.1. *Desafíos ambientales*

El arbolado constituye uno de los elementos definitorios de la dehesa, tanto en términos paisajísticos como económicos. Pese a todo, uno de los problemas ambientales más graves que tiene planteado la dehesa es el envejecimiento y falta de regeneración de encinas y alcornoques. Se estima que el 80% de las dehesas disponen de un arbolado con más de 150 años de antigüedad (DEL MORAL, 2010), lo que lo hace especialmente vulnerable al ataque de insectos y hongos que pueden provocar desde una merma productiva hasta la muerte más o menos rápida de los ejemplares afectados.

El problema es aún más grave si se tiene en cuenta la fosilización del estrato arbóreo, debido a una generalizada falta de regeneración que es preciso atribuir a los cambios de manejo anteriormente citados y, de manera especial, al incremento que han experimentado las cargas ganaderas desde la incorporación de España a la antigua CEE. Y es preciso significar, en este sentido, que, pese a la resistencia de la vegetación mediterránea, la sobreexplotación, el pastoreo y el ramoneo, si se convierten en “...perturbaciones reiteradas o de gran magnitud pueden provocar respuestas de tipo umbral, desencadenando extinciones locales relativamente abruptas” (CARRIÓN, 2001).

Tabla 1**Evolución del censo de reproductoras**

Especie	1986	1996	2006	2012	2012/1986
Vacuno Carne	167.866	297.283	391.429	388.135	231,2
Ovino	2.055.610	2.957.216	3.459.516	2.552.140	124,2
Caprino	302.164	246.440	241.785	209.681	69,4
Porcino	68.359	98.566	191.778	131.659	192,6

Fuente: Gobierno de Extremadura

Efectivamente, la evolución del censo de reproductoras refleja con claridad el importante aumento experimentado por el vacuno de carne, que se ha multiplicado por 2,3 sin duda como consecuencia del atractivo generado por las generosas primas comunitarias fijadas para esta especie ganadera. A tal circunstancia debe añadirse el incremento, en más de un 24 por 100, del censo de reproductoras de ovino. Pese a que han sido notables los avances productivos logrados por el sector desde los años sesenta, y a pesar de los importantes progresos conseguidos en el ámbito de la elaboración y comercialización de corderos y quesos de calidad, lo cierto es que, también en este caso, han sido las subvenciones el principal factor de dinamización del sector.

Si se tiene en cuenta que el montante total de las ayudas comunitarias supera el tercio de la producción final generada por estas especies ganaderas, es necesario concluir que la dehesa mantiene una dependencia excesiva respecto de las ayudas comunitarias y que, por tanto, pese al largo período transcurrido desde la adhesión, aún carece de bases sólidas sobre las que cimentar su futuro. Obsérvese, al respecto, el notable descenso experimentado por el ganado ovino entre 2006 y 2012, motivado fundamentalmente por el desacoplamiento de las ayudas a esta especie ganadera.

El aumento del ganado porcino, pieza clave en el funcionamiento de la dehesa, no se ha debido a la percepción de ayudas comunitarias, sino al espectacular aumento de la demanda de los derivados del cerdo ibérico, tanto en lo referente al consumo en fresco como en lo atinente a salazones, chacinas y embutidos. A tal circunstancia obedece el notable crecimiento del número de

reproductoras que se registró entre 1986 y 2006 (280,5 %). Pero, como viene siendo habitual en el mercado de productos agrarios, tras un período de inusitada bonanza en el mercado del ibérico se desembocó en problemas de superproducción y, con ella, a un derrumbamiento de los precios hasta situarse por debajo de los costes de producción. Esta circunstancia explica la reducción censal ocurrida entre 2006 y 2012 y ésta, a su vez, la que ha conducido a que la campaña 2013-14 haya marcado una recuperación del precio del cerdo ibérico. En este período, sin embargo, la economía de la dehesa se ha resentido sobremanera y han sido muchas las explotaciones que han cesado en su actividad.

En cualquier caso, el incremento de la presión ganadera sobre los recursos de la dehesa resulta incuestionable. El estudio de las cargas ganaderas soportadas por la dehesa extremeña, permite comprobar que la densidad ha pasado desde un valor de 0,35 UGM/ha en 1986, a las 0,70 UGM/ha en que parece haberse estabilizado desde el año 2000. Ciertamente, se trata de un nivel que se sitúa "... muy lejos del establecido por la UE como umbral máximo de extensificación (2 UGM/ha) de baja densidad ganadera, lo que define el carácter extensivo y de baja intensidad ganadera de los sistemas extensivos extremeños" (GONZALO, 2011: 195).

Es necesario significar que este aumento de las cargas ganaderas se ha visto acompañado por algunos cambios en el manejo de ganado, que también han agudizado los problemas de falta de regeneración del arbolado. De este modo, la desaparición de la trashumancia y la transterminancia, prácticas tradicionales que liberaban la presión sobre los recursos pastables durante la época estival, ha supuesto un agravamiento de la situación, ya que en verano "... cuando la producción de biomasa debido a la sequedad prácticamente desaparece, la mortalidad de las semillas es mucho mayor que en invierno o en primavera ya que, al ser las plántulas de encina la única biomasa tierna disponible, los daños producidos por el ganado pueden ser enormes para la regeneración (PLIENINGER, 136).

Por otro lado, no conviene ignorar que el aumento de las cargas ganaderas, que se ha logrado fundamentalmente merced a un consumo creciente de piensos concentrados, incrementa el aporte de deyecciones animales al suelo. En general, esta consecuencia puede valorarse positivamente, puesto que enriquece el contenido en materia orgánica y tiene otros efectos beneficiosos sobre la productividad edáfica (CALVO, 1994). Ahora bien, al manifestar los animales una querencia muy concreta por terrenos muy localizados de la explotación, donde establecen sus sestiles y descansaderos, se produce una alta concentración espacial de estos residuos orgánicos, acompañados además de

antibióticos, sustancias químicas y restos de productos zoonos, que impregnan el suelo, perjudican seriamente la vitalidad del arbolado y facilitan la contaminación de las aguas superficiales (RODRÍGUEZ, 1997).

Finalmente, el debilitamiento del arbolado y su falta de regeneración también aparecen relacionados con la creciente especialización cinegética de algunas dehesas, especialmente las enclavadas en terrenos serranos como las Villuercas, Los Montes o la Sierra de San Pedro. En este caso, el espaciado excesivo en las labores de poda y el aumento de la matorralización (LÓPEZ, 2013 y MORENO, 2008), pueden incrementar los síntomas de decaimiento del arbolado. Por su parte, las dificultades de manejo de la fauna silvestre y la escasez estacional de recursos pastables, favorecen la destrucción de los renuevos y brotes tiernos de los árboles por parte de ciervos y otros rumiantes, limitando considerablemente las posibilidades de su regeneración.

Sin duda, los problemas de envejecimiento y fosilización del arbolado de la dehesa revisten una especial gravedad si se considera que, simultáneamente y en más que probable conexión, se está produciendo una rápida expansión del fenómeno de la seca o decaimiento forestal"... una enfermedad de etiología compleja, resultado de la acción de un número variable de factores bióticos y abióticos que causan un deterioro gradual y general de los árboles afectados hasta su muerte. Los factores implicados en los decaimientos son típicamente múltiples y, lo más importante, ninguno de ellos por separado es capaz de reproducir los síntomas observados en campo. Otra característica fundamental es que los factores de decaimiento son intercambiables: actúan de manera inespecífica y pueden ser distintos en el tiempo y en el espacio, dando lugar, sin embargo, a los mismos síntomas" (CARRASCO, 2009).

Montoya y Mesón proceden a una sistematización de los factores que intervienen y condicionan la incidencia de la enfermedad, distinguiendo entre los factores de predisposición (envejecimiento, densidad, podas abusivas, descorche inadecuado, etc...), los detonantes (sequías prolongadas, heladas intensas, precipitaciones irregulares, prolongación del período estival...), los factores catalizadores de carácter espacial (vaguadas, solanas, suelos resacos o hidromorfos) y de carácter temporal (períodos de brotación y floración, cambios de estación, final del período seco) y, finalmente, los ejecutores, que pueden tener carácter biótico (bacterias, insectos, hongos) o abiótico (sequías, heladas, incendios, huracanes, nevadas, aludes, avenidas, polución) (MONTROYA, 2012).

El progreso de la enfermedad suele cursar con síntomas de defoliación, muerte regresiva de ramillos y ramas, abundante emisión de brotes adventicios

(chupones) y necrosis del sistema radical, que "... se traducen en dos tipos de muerte del arbolado: muertes lentas, acompañadas de un proceso progresivo de decaimiento (pérdida de vigor y defoliaciones) y donde el agente ejecutor puede ser identificado en muchos casos; y muertes súbitas, donde el proceso es bastante acelerado y sin que se presente una sintomatología clara del daño" (NAVARRO, 2001: 122).

Un estudio realizado entre 2003 y 2004 reveló que en la región había 440 focos de *Phytophthora cinnamomi*, un hongo que ataca y pudre las raíces de los árboles provocando su muerte. Las comarcas más afectadas eran la Sierra de San Pedro, seguida de la zona de los pantanos en La Siberia y de los valles del Tiétar y el Alagón y la superficie afectada rondaría el 0,5 % de la superficie de la dehesa.

Según datos recientes obtenidos por el equipo de investigación del Instituto del corcho, la madera y el carbón vegetal (IPROCOR), en 2012 había en Extremadura 5.017 focos de esta enfermedad, que afectaba a más de 29.000 has y a un 1,8 % de la superficie de la dehesa. Se calcula que la tasa de crecimiento de la enfermedad se situaría en un 0,16 % y, aunque la enfermedad está dispersa ya por todo el territorio regional, afecta de manera especial a las comarcas de los valles de Alagón y Tiétar, la Sierra de San Pedro, la cuenca del Aljucén y la margen derecha del Guadiana en las Vegas Altas (CARDILLO, 2013). Por tanto, en una década, el número de focos de *phytophthora* se ha multiplicado por más de diez, ha aumentado en más de tres veces la superficie infectada y ha aumentado el número de comarcas afectadas por la enfermedad. La especial complejidad que reviste tanto su tratamiento como su diagnóstico concita la preocupación de todos los agentes implicados en la gestión, conservación e investigación sobre la dehesa e, indiscutiblemente, manifiesta las dificultades existentes para conseguir la sostenibilidad ambiental de la dehesa.

4.3.2. Retos económicos

Los problemas económicos que afronta la dehesa, y especialmente los relacionados con la escasa rentabilidad actual, constituyen también un difícil obstáculo para alcanzar la sostenibilidad. Es cierto, y así se ha hecho constar anteriormente, que las ayudas de la PAC han constituido una fuente de ingresos absolutamente imprescindible para evitar una erosión excesiva de la renta de los ganaderos, al tiempo que ha permitido corregir y subsanar algunas de las deficiencias y carencias tradicionales del sector, especialmente en lo concerniente a una mejora en la articulación producción-transformación-comercialización y la promoción comercial de productos tan característicos de la

dehesa como la carne de ovino y vacuno o los derivados del cerdo ibérico. Pese a todo, aún son patentes las dificultades productivas que provocan que la viabilidad económica de la dehesa dependa en exceso de las ayudas comunitarias, lo que implica una desmedida dependencia de las políticas de apoyo a la ganadería.

Pese a las mejoras alcanzadas, la actividad comercial de los ganaderos extremeños, casi siempre supeditada a la labor de unos agentes intermediarios que trabajan al dictado de industriales foráneos, continúan limitándose en exceso a la venta de corderos y terneros al destete, lo que implica una fuga de valor añadido hacia los mataderos, salas de despiece y comercializadoras situadas en otras regiones españolas. Ni siquiera el cerdo ibérico, tan ligado al ecosistema de la dehesa, se aparta mucho de esta situación. Bastante más de la mitad de los animales que se ceban en estas explotaciones, tanto en régimen extensivo como semiextensivo, tiene su destino en mataderos de Guijuelo (Salamanca) y Jabugo (Huelva), que comercializan los jamones, paletillas y lomos de cerdo ibérico bajo sus respectivas denominaciones de origen.

Aunque el incremento censal de reproductoras de vacuno que refleja el cuadro 1 pudiera interpretarse como indicador de la prosperidad del sector, lo cierto es que, en su mayor parte, debe relacionarse con la fijación de unas primas comunitarias comparativamente ventajosas en términos de UGM, y que continúan vinculadas a la producción. En la campaña 2012, las ayudas del FEAGA al vacuno extremeño se aproximaron a los 71 millones de euros (70.870.540), lo que representó en 32,5 % de valor de la producción de este ganado en la región (SÁNCHEZ, 2013). Sin el soporte de estas ayudas, el sector no hubiera podido soportar situaciones comerciales tan críticas como las planteadas por la Encefalopatía Espongiforme Bovina o el rebrote de la Lengua Azul, de igual modo que seguiría viéndose imposibilitado para afrontar la baja rentabilidad que implican ora la caída de los precios, ora el encarecimiento de los piensos y, con frecuencia, ambas circunstancias a la vez.

El ganado ovino también se ha visto beneficiado por la cuantía de las ayudas comunitarias, principales responsables igualmente del incremento del censo de reproductoras que se registró progresivamente entre 1986 (2.055.610 cabezas) y 2010 (3.053.927 cabezas). La entrada en vigor del desacoplamiento total de las ayudas a partir de este último año, ha determinado una reducción hasta las 2.552.140 ovejas reproductoras censadas en 2012, lo que ha supuesto una pérdida del 16,4 % en tan sólo dos años y refleja convenientemente las dificultades económicas que afectan a las explotaciones de ovino.

Es cierto que la creación de las denominaciones de origen “Torta del Casar” y “Queso de la Serena” para los quesos elaborados con leche de oveja merina, y la Indicación Geográfica Protegida “Corderex” para los corderos que nacen en las dehesas extremeñas, han conseguido mejorar la situación del sector. No obstante, este continúa afrontando las dificultades inherentes a las exigencias de manejo de este ganado, la falta de pastores cualificados, los bajos rendimientos de la raza merina, la falta de rentabilidad de la lana y, como contrapartida, un estancamiento de los precios que contrasta con el encarecimiento de los costes de producción, especialmente con el de la alimentación animal.

A diferencia de las anteriores especies, el caprino ha sufrido una sensible reducción en su censo de reproductoras (cuadro 1). No han sido ajenas a este proceso las elevadas exigencias en mano de obra y sus peculiares condiciones de manejo, que obligan a jornadas laborales prolongadas e ininterrumpidas. Su caída debe relacionarse también con los reajustes que provocaron las exigencias sanitarias y el control de la cabaña tras la adhesión comunitaria. Debe significarse que la explotación del ganado caprino ha tenido habitualmente un carácter marginal, ya que suele destinarse al aprovechamiento de los sectores más inaccesibles y pobres de las dehesas, o al pastoreo de terrenos comunales y de pastos libres en las comarcas serranas.

Pese a todo, hay que reseñar el proceso de mejora y modernización productivas a que se ha incorporado el sector. La dinamización del mercado de quesos de calidad, especialmente representado por la Denominación de Origen “Queso de los Ibores”, ha propiciado un incremento de la demanda y el precio de la leche, lo que ha servido para incentivar un proceso de intensificación productiva basada en la introducción de razas de aptitud lechera como la mala-gueña o murciana, en la suplementación alimenticia con piensos concentrados y en la creación de salas de ordeño, aspectos todos que sugieren la creciente profesionalización del sector.

Por último, el crecimiento y posterior retroceso del censo de reproductoras de cerdo ibérico responde fielmente a los vaivenes económicos a que se ha visto sometido el sector. Tras superar una prolongada crisis de rentabilidad apenas aliviada periódicamente por un alza coyuntural del precio de los animales, el sector conoció una etapa de prosperidad sin precedentes entre mediados de los años noventa y 2006, fechas en las que la cifra de cerdas de vientre casi se multiplicó por dos en respuesta a una demanda creciente tanto de carnes frescas como de productos curados.

Pero, como era de esperar, esta década de inusitada bonanza en el mercado del ibérico condujo a un problema de superproducción y, con ella, a un

derrumbamiento de los precios que los ha llevado a situarse por debajo de los costes de producción. El mercado se ha complicado con la retracción que ha experimentado el consumo de jamones y lomos tras el recrudecimiento de la crisis económica y, con ello, la drástica reducción de la demanda por parte de la industria cárnica.

Tras siete años de una crisis que ha supuesto el endeudamiento financiero cuando no la quiebra de no pocas dehesas, el sector parece haberse animado con el repunte de los precios que se ha producido en la campaña 2013-14, que ha llegado a superar los 36 euros/arroba de peso vivo y que, al coincidir con una excelente montanera, ha propiciado elevados niveles de rentabilidad. No obstante, habrá que esperar a futuras campañas para comprobar si se consolida la recuperación del sector o si sólo se trata de una coyuntura favorecida por la escasez de cerdos existentes en el mercado.

La actividad ganadera de la dehesa, por tanto, se encuentra sometida a unos problemas de rentabilidad que se derivan de la falta de ajuste entre la evolución de los precios percibidos y el coste de los insumos, y que sólo se ven parcialmente aliviados por el aporte económico que representan las ayudas comunitarias. No obstante, ni siquiera estas resultan suficientes para evitar la desaparición de las explotaciones menos productivas en momentos de crisis como el actual y, con ello, la pérdida de un tejido social que resulta imprescindible para lograr la sostenibilidad del territorio.

4.3.3. Amenaza de despoblación

La valoración de la sostenibilidad social de la dehesa requeriría la consideración conjunta de aspectos tan variados como la distribución de los factores productivos, el nivel y reparto de la renta, la generación de empleo, el capital social o la identidad territorial, lo que supera con creces los límites del presente artículo. No obstante, se ha pretendido sortear esta dificultad ofreciendo una panorámica general de la debilidad demográfica que aqueja a estos territorios, entendiendo que puede ser un fiel reflejo de las múltiples dificultades socioeconómicas subyacentes. La tabla 2 recoge los principales indicadores demográficos de tres de los territorios GAL más representativos de la dehesa extremeña y, para poder establecer una comparación, se han incluido los datos correspondientes al conjunto regional y los de Tierra de Barros, un espacio en el que la dehesa deja paso a cultivos de secano típicamente mediterráneos como el olivar, el cereal y el viñedo.

Tabla 2
Indicadores demográficos

Indicadores	Extremadura	Sierra de Suroeste	Sierra de San Pedro	Sierra de Montánchez	Tierra de Barros
Población total	1.100.139	31.633	25.186	18.984	86.121
Densidad demográfica	26,5	20,7	9,9	19,7	44,8
Crecim. Real (2000-13)	2,5	-9,7	-3,9	-8,2	10,8
R. Feminidad 15-49 años	95,3	94,4	90,8	91,6	99,2
Índice de Infancia	14,3	13,6	11,7	9,9	15,7
Índice de Juventud	17,6	18,0	16,7	15,8	19,3
Índice de Vejez	19,4	21,5	25,3	27,8	17,2
Índice de Envejecimiento	136,1	157,9	216,5	281,5	109,7
Tasa de Natalidad	8,6	8,1	6,5	5,9	10,6
Tasa de Mortalidad	10,2	11,0	12,3	13,9	8,7
Crecimiento Natural	-1,6	-2,8	-5,8	-8,0	1,9
Saldo Migratorio	-0,8	-0,8	-1,2	-2,0	1,7
Tasa de Dependencia	50,8	54,2	58,7	60,5	48,9

Fuente: INE (Elaboración propia)

Entre otras múltiples conclusiones, el análisis de estos datos permite comprobar que la crisis de rentabilidad que afecta de forma recurrente a las diversas producciones de la dehesa, el escaso volumen de empleo que generan estas explotaciones, la escasez de mataderos, salas de despiece e industrias transformadoras que elaboren y comercialicen los productos ganaderos y, en general, la falta de alternativas laborales, han generado en la población de estos territorios una marcada propensión emigratoria que se hizo patente en los años sesenta y setenta y que se mantiene, pese a la crisis económica, en la actualidad.

La baja densidad demográfica, característica de unos territorios en los que históricamente ha dominado el latifundio y la práctica de actividades extensivas, aparece como una de las características inherentes al paisaje de dehesa, de modo que las tres comarcas que lo representan muestran valores sensiblemente inferiores a la ya exigua media regional y, por lo tanto, muy alejados de los que se consiguen en Tierra de Barros.

La existencia de unos niveles de envejecimiento demográfico que se aproximan al 160 % en la Sierra Suroeste, superan el 216 % en la Sierra de San Pedro y el 280 % en la Sierra de Montánchez, reflejan con nitidez el impacto de una emigración intensa y prolongada al que se superponen los efectos de una fecundidad a la baja propiciada por la consolidación de un modelo demográfico ajeno al comportamiento tradicional de los espacios rurales. La caída de la natalidad, la tendencia alcista de la mortalidad y los saldos naturales negativos reflejan el deterioro progresivo y, en los municipios más pequeños, irreversible, de la demografía comarcal.

La dinámica espacial continúa estando presidida por la persistencia de una corriente emigratoria que arrastra a la población joven y que manifiesta un protagonismo creciente de la mujer, con el consiguiente agravamiento de un proceso de masculinización que aleja aún más cualquier esperanza de recuperación demográfica. Es más, si las dificultades actuales para encontrar empleo en otras regiones españolas no son suficientes para frenar la emigración comarcal, es más que verosímil su notable intensificación en un horizonte futuro de recuperación de la económica nacional e internacional. Para la multitud de pequeños municipios que salpican el territorio de la dehesa, la despoblación dejará de ser una amenaza para convertirse en contundente realidad.

5. UNPOTENCIAL DE FUTURO

La dehesa contiene una gran parte de los elementos que la sociedad actual demanda al medio rural. La armonía que durante siglos ha presidido las relaciones entre el hombre y el medio en este marco natural de extrema fragilidad, ha facilitado la conservación de unos valores naturales que, por su singularidad, constituyen un patrimonio de incalculable valor cuya diversidad biológica se traduce en la existencia de innumerables especies faunísticas y florísticas.

Pero, con ser estos valores ecológicos los de mayor impronta paisajística y, en consecuencia, los más apreciados por el visitante, no deben pasar desapercibidos otros beneficios ambientales que reporta la dehesa y que la socie-

dad debe conocer y valorar para, de este modo, concienciarse de la necesidad de contribuir al mantenimiento de un ecosistema que contribuye decisivamente a la absorción de CO₂, evita la erosión de los suelos, regula los sistemas hídricos, evita la proliferación de incendios forestales y favorece la biodiversidad (Campos, 1993 y 1994).

Por otro lado, al margen de su contribución al enriquecimiento y conservación del capital natural, la dehesa atesora un rico y variado patrimonio cultural que aparece igualmente plasmado en el paisaje que confiere personalidad a estos espacios. Cabe destacar, en este sentido, el valor histórico artístico de los dólmenes, pinturas rupestres, castros celtas, villas romanas o restos visigodos que testimonian la añeja presencia humana sobre estos territorios y, al tiempo, la complejidad y la laboriosidad que ha requerido la construcción de su paisaje. Y, obviamente, tampoco falta en éste una arquitectura vernácula en la que el confort y la suntuosidad de los grandes cortijos señoriales contrasta vivamente con la humildad y sencillez de los chozos de los porqueros y pastores (Navareño, 1999; Maldonado, 2008). Entre ambos extremos, las casas de los guardas y de otros trabajadores fijos dedicados a la ingente variedad de labores que requería la explotación tradicional de la dehesa, edificadas con los mismos granitos, cuarcitas o pizarras que se construyeron también los tinados y zahúrdas, los silos y molinos, los lavaderos de lana y los hornos para cocer el pan... y, todo esto, indudablemente, debiera ser restaurado, conservado y protegido para legarlo a las generaciones futuras.

Si en el contexto actual de crisis por el que atraviesa la dehesa, estas sugerencias se adentran en el campo de la utopía, las de preservar y transmitir los antiguos y variados oficios de la dehesa bien podrán tildarse de irrealizables, cuando no de un despropósito. Pero no debiera olvidarse que tales oficios requerían el uso de utensilios y herramientas de los más diversos materiales y facturas, un interesante material etnográfico que nutre y decora infinidad de museos locales pero a los que raramente se les extrae el valor didáctico que encierran.

Y la misma variedad que gobierna cualquiera de los recursos patrimoniales antes mencionados, está presente en la gastronomía característica de la dehesa. El aprovechamiento integral de los recursos se transmite también a la actividad culinaria, que aprovecha los productos silvestres (setas, espárragos, criadillas...) con el mismo esmero que las carnes (ternera, cordero, cerdo, jabalí, venado, perdiz...) y pescados (tencas, barbos y carpas), sin olvidar la repostería donde la miel que proporciona la flora de la dehesa constituye un elemento esencial.

Pese a todo, han sido pocas las iniciativas empresariales que hasta el momento han apostado por la explotación de estos u otros muchos recursos patrimoniales con contrastada capacidad para conformar un producto turístico capaz de abrirse paso en un mercado cada vez más competitivo. A nuestro juicio, la práctica del agroturismo ofrece amplias posibilidades para compatibilizar la puesta en valor de estos recursos con la actividad agropecuaria habitual en la dehesa. Sirva, a modo de ejemplo, esta relación de actividades cuya oferta podría conformar un catálogo amplio, variado y atractivo para los potenciales agroturistas.

Sin pretender un análisis exhaustivo, pues la propia diversidad inherente a este tipo de explotaciones genera una enorme variedad de labores agrícolas, técnicas de manejo ganadero o trabajos relacionados con los aprovechamientos forestales, se puede ofrecer un abanico lo suficientemente amplio como para significar el potencial existente.

Entre las actividades relacionadas con el manejo del ganado vacuno, tanto en el caso de la ganadería convencional como, de modo especial, en la del toro de lidia, el visitante podría participar activamente en las labores de selección, cría, recría, herraje, tiente, embarque, encierros y, en general en todas las labores de manejo, que suelen resultar desconocidas tanto para buena parte de la población urbana como, cada vez más, para los jóvenes del medio rural.

Similares consideraciones podrían realizarse en torno al ganado ovino y caprino, en relación con prácticas ligadas al pastoreo, selección, ordeño, marcado y esquila, y al ganado porcino ibérico, cuyas fases de cría, recría y cebo en montanera, requieren variadas actuaciones que pueden ofrecerse como atractivo turístico.

Deben mencionarse igualmente las actividades artesanales o industriales directamente vinculadas a la práctica ganadera y que deberían integrarse en el producto turístico: matanza tradicional, visitas concertadas a mataderos industriales, salas de despiece, fábricas de embutidos, salazones, tiendas especializadas, elaboración y curación de diferentes tipos de quesos, esquila, manipulación de lanas, curtido de pieles...

Algunas labores culturales del arbolado resultan especialmente originales y específicas de la dehesa, con lo que pueden resultar atractivas para los visitantes. Es el caso de las entresacas y podas y, muy especialmente, la saca del corcho, una actividad que se realiza con técnicas tradicionales y que requiere una pericia que la dota de un innegable interés y atractivo para turistas que respondan a un determinado perfil. Similares consideraciones requiere la fabri-

cación tradicional de picón y carbón de encina y alcornoque, oficios en desuso pero que debieran mantenerse tanto como una concesión al recuerdo como con una finalidad didáctica. Y otro tanto cabría decir de las tareas vinculadas a la manipulación y primera transformación del corcho, tales como el cocido, raspado y enfardado, que junto con las labores artesanales que utilizan esta materia prima, pueden integrar el producto agroturístico de la dehesa.

Pero la oferta turística de la dehesa no debe quedar limitada a la observación y posible participación en las labores agrarias habituales, sino que podría completarse con una gama variada de actividades. Estas explotaciones disponen de otros recursos que pueden igualmente ofrecerse al visitante y que posibilitarían una mayor diversificación y, en consecuencia, un mercado potencial más amplio. Entre dichos recursos debe destacarse la variedad de especies cinegéticas que pueblan la dehesa y que con una gestión adecuada, podrían generar mayores beneficios de los que ahora reportan a su economía. La existencia de cotos de caza menor en áreas de la Penillanura Cacerëña y de la Campiña Sur, así como la de cotos de caza mayor en zonas de la Sierra de San Pedro, Villuercas o Los Montes, precedidos de un merecido prestigio entre los aficionados a este deporte, pueden servir de reclamo para atraer hacia otros espacios adhesados a este tipo de visitantes.

Tampoco deben desdeñarse las posibilidades que ofrece el deporte de las pesca. Con independencia de la abundancia de ríos y embalses que pueda encontrar el turista en las proximidades de las dehesas, la mayor parte de las fincas disponen de charcas y pequeños embalses que además de servir de abrevadero para el ganado, pueden utilizarse para la cría y captura de diversas especies piscícolas. De hecho, es frecuente la cría de la tenca (*Tinca tinca*), muy apreciada tanto por los pescadores, debido a la destreza que requiere su captura, como por los consumidores, gracias a la calidad de su carne. Pero de igual modo podrían destinarse a este tipo de aprovechamiento otras especies como el barbo (*Barbus bocagei* y *Barbus comiza*) y la carpa (*Cyprinus carpio*).

Y, con el ánimo de evitar una minuciosidad excesiva, terminaremos por hacer referencia a otras dos actividades que, como las anteriores, podrían complementar la oferta agroturística de la dehesa. Una de ellas, el avistamiento de aves, ya goza de reconocimiento internacional, especialmente entre los ecoturistas del centro y norte de Europa, tal como se ha puesto de manifiesto en las tres ediciones de la Feria Internacional Ornitológica (FIO) que se han celebrado en Villarreal de San Carlos (Parque Nacional de Monfragüe). No obstante, hasta el momento este tipo de turismo no aporta beneficio alguno a la dehesa, pues se trata de actividades organizadas por empresas ajenas a estas

unidades de producción. Se trata, pues, de un recurso que se encuentra en la dehesa y cuya presencia se asocia a la propia gestión agraria y ambiental que realizan sus empresarios pero que, como otros bienes y servicios públicos que proporcionan estos espacios al resto de la sociedad, no proporcionan contraprestación económica alguna.

Y similar consideración cabe hacer de otra de las actividades complementarias propuestas: la recogida de productos silvestres. En cualquier estación del año, el agroturista de la dehesa podría ser aleccionado en la recogida de diferentes tipos de setas, espárragos, criadillas de tierra, cardillos y una amplia gama de plantas aromáticas. Los habitantes de estos espacios adeshados practican habitualmente esta actividad, pues todos estos productos han formado parte de su dieta alimenticia y gozan de una especial estima en la gastronomía de la zona. Pero, también en este caso, se trata de recursos de libre acceso, que no reportan beneficio alguno a los empresarios de la dehesa, pero que podrían hacerlo a través de una práctica reglada y dirigida específicamente a los visitantes.

6. CONCLUSIONES

La dehesa, un paisaje construido y conservado durante siglos a través de una actividad agraria que ha procurado conciliar el uso y la conservación de los recursos, se encuentra actualmente en una difícil situación ambiental, económica y social.

Desde el punto de vista ambiental, la dehesa padece un grave problema de envejecimiento del arbolado, lo que lo hace especialmente vulnerable al ataque de agentes patógenos que pueden determinar su decaimiento y muerte. Tal situación es aún más preocupante si se tienen en cuenta los cambios de manejo ganadero que se han venido produciendo y, en especial, el aumento de las cargas ganaderas que se ha derivado del ambiente de “rentabilidad artificial” que ha generado la percepción de las ayudas establecidas por la Política Agraria Común. Ambas circunstancias han determinado una falta de regeneración del arbolado y su subsiguiente fosilización. No es de extrañar, en consecuencia, que La Seca afecte ya a más de 29.000 hectáreas y que se hayan detectado más de cinco mil focos de la enfermedad.

Desde la perspectiva económica, la rentabilidad de la dehesa depende en exceso de las ayudas comunitarias y continúa estando sometida a los problemas que plantean la falta de ajuste entre los precios percibidos y el coste de los insumos, lo que, en momentos de crisis como el actual, provoca la desaparición

de las explotaciones menos productivas y, con ello, la pérdida de un tejido social que resulta imprescindible para lograr la sostenibilidad del territorio.

En el plano social, la dehesa ha perdido su carácter tradicional de generadora de empleo contribuyendo a alimentar una corriente emigratoria que ha hecho que los territorios en los que se asienta den patentes muestras de una debilidad demográfica y económica que, de manera conjunta, parecen conducir inexorablemente a la despoblación de los municipios de menor tamaño.

Tanto la difícil conservación de los valiosos recursos de la dehesa como la de su paisaje y, en íntima relación con ello, la sostenibilidad social de estos territorios, requiere el esfuerzo de todos para proseguir en el camino, ya iniciado, de la creación de mercados específicos de calidad en los que la variedad de productos de la dehesa alcance precios remuneradores. Y aún más importante será conseguir que esta actividad agroganadera sea capaz de fijar en el medio rural todo el valor añadido que hoy se fuga de la región.

Se ha hecho una somera referencia a las nuevas posibilidades que ofrecen los aprovechamientos emergentes de la dehesa. La caza comercial, el agroturismo o el disfrute de la naturaleza, entre otros, están llamados a constituir un complemento importante para la economía de la dehesa. Tampoco se trata, como en casi ningún caso, de una tarea fácil. Cualquier explotación no está en condiciones de desarrollar este tipo de actividades. El tamaño de las fincas, la calidad de los cortijos, la situación y la accesibilidad son, entre otras muchas, algunas de las condiciones que restringen sobremanera la proporción de dehesas con posibilidades reales de implementar este tipo de actuaciones. Y, aun en el mejor de los casos, sería absolutamente necesaria una intervención pública que diseñara diferentes modelos de ayuda para la conservación y restauración del patrimonio natural, pues su comercialización raramente repercute en la economía de la empresa agraria. Las dehesas son espacios accesibles a través de los cauces públicos, caminos de herradura o vías pecuarias y, en consecuencia, sus recursos ambientales son perfectamente accesibles para todos.

De lo que no cabe duda, en cualquier caso, es de que las instituciones regionales, nacionales y europeas, deben adquirir conciencia de las dificultades que aquejan actualmente a este tipo de explotaciones y, como ha podido comprobarse, al conjunto del territorio en el que se asientan. Si se trata de conservar el paisaje y los recursos para uso y disfrute del conjunto de la sociedad y si la política europea de desarrollo rural tiene entre sus objetivos la fijación de la población rural, sobran argumentos para justificar una línea de

ayudas tendentes a corregir las deficiencias que tradicionalmente han aquejado a la dehesa y, con ella, a la economía y la sociedad de las comarcas donde se localizan estas explotaciones. Junto con las áreas de montaña, son éstas las que padecen una mayor incidencia del paro, las que tienen un saldo migratorio más elevado, las que presentan un mayor envejecimiento demográfico y, en suma, las que muestran mayor debilidad socio-económica.

BIBLIOGRAFÍA

- ALVARADO CORRALES, E. J.: *El sector forestal en Extremadura: economía y ecología*. Institución Cultural “El Brocense”. Dip. Provincial de Cáceres, 1983.
- CALVO, J.C.; VARGAS, J.D. y APARICIO, M.A.: “Análisis económico del humus generado en la dehesa”. *Agricultura y Sociedad*, n. 73, 1994, pp. 281-294.
- CAMPOS PALACÍN, P.: “Valores comerciales y ambientales de las dehesas españolas”. *Agricultura y Sociedad*, n° 66, 1993, pp. 9-41.
- CAMPOS PALACÍN, P.: “Economía de los espacios naturales. El valor económico total de las dehesas” *Agricultura y sociedad*, n° 67, 1994, pp. 103-120.
- CARDILLO, E.; ACEDO, A. y PÉREZ, C.: “Seca por Phythophthora: avance en las técnicas de diagnóstico, control y conocimiento epidemiológico de la enfermedad”. IPROCOR. [consulta: 20/02/2014]
- CARRASCO, A. et al.: “Proceso de Decaimiento Forestal (La Seca): Situación del conocimiento”. Consejería de Medio Ambiente. Junta de Andalucía. Córdoba, 2009.
- CARRIÓN, J. S. et al.: “Crossing forest thresholds: inertia and collapse in a Holocene sequence from south-Central Spain”. *The Holocene*, n. 11, 2001, pp. 635-653
- COROMINES J. A. y PASCUAL, J. A.: *Diccionario crítico etimológico castellano e hispánico*. 6 vols. Gredos, Madrid, 1980-1991.
- DEL MORAL, J. et al.: *Plagas de Cerambyx welensii (Kuster, 1846). Un grave problema de las dehesas arboladas en España*. Hojas divulgadoras. N2139 HD. MARM. Madrid, 2010

- ELENA, M. et al.: Efectos de la producción de carbón vegetal en los encinares de Extremadura. Jornadas de Ecología y Medio Ambiente. Villanueva de la Serena (Badajoz), 1982.
- ESCRIBANO, M.A.; RODRÍGUEZ, F.J.; MESÍAS, J.; PULIDO, J.: "Niveles de cargas ganaderas en la dehesa extremeña". *Archivos de Zootecnia*. Vol. 51, 195, 2002, pp. 315-326.
- FERNÁNDEZ, P.-PORRAS, C. J.: *La dehesa. Algunos aspectos para la regeneración del arbolado*. Informaciones Técnicas 58-98. Junta de Andalucía, Consejería de Agricultura y Pesca, Sevilla, 1998
- GÓMEZ GUTIÉRREZ, J. M.: "El monte adehesado: situación económica y ecológica actual". *Revista de Estudios Agrosociales*, n. 142, 1987, pp. 171-193
- GÓMEZ GUTIÉRREZ, J. M. (Coord.): *El libro de las dehesas salmantinas*. Junta de Castilla y León, Consejería de Medio Ambiente, Salamanca, 1992.
- GONZALO LANGA, J. (2011): "El impacto de la aplicación de la PAC en las producciones ganaderas de la dehesa (1986-2010)". *La agricultura y la ganadería extremeñas en 2010*. Caja Badajoz, 2011, pp. 181-196.
- LÓPEZ, M.L.; ROLO, V.; MORENO, G. (2013): "Matorralización de la Dehesa: implicaciones en la productividad total del sistema". 6º Congreso Forestal Español. Vitoria. Sociedad Española de Ciencias Forestales, 2013, 12 páginas.
- MALDONADO ESCRIBANO, J.: *El cortijo en la tierra de Badajoz*. Junta de Extremadura. Mérida, 2008.
- MÁRQUEZ, D.: *La geoeconomía forestal de Huelva y el dilema de sus eucaliptales*. Sevilla. Publicaciones de la Universidad de Sevilla, 1977.
- MONTOYA, J.M.-MESÓN, M.L.: "La Seca: el modelo explicativo global". Ampliación de la presentación hecha por los autores en la Mesa Redonda "La dehesa y otros pastos semiáridos". Congreso Nacional de Medio Ambiente, 2008. Instituto de Ecología Aplicada, 2012.
- MORENO, G.-ROLO, V.-CÁCERES, Y.: "Consecuencias de la matorralización en el estado fisiológico y nutricional de encinas adultas en sistemas adehesados del Norte de Extremadura". *Cuadernos de la Sociedad Española de Ciencias Forestales*, n.º 25, 2008, pp. 315-320.
- MORO, R.: *Guía de los árboles de España*, Ed. Omega, Barcelona, 1995.

- MUSLERA, E.-RATERA, C.: *Praderas y forrajes: producción y aprovechamiento*. Ed. Mundi-Prensa. Madrid, 1984.
- NAVAREÑO MATEOS, A.: *Arquitectura residencial en las dehesas de la tierra de Cáceres (castillos, palacios y casas de campo)*. Institución Cultural “El Brocense”. Cáceres, 1999.
- NAVARRO CERRILLO, R. M.: “La dehesa y el medio ambiente”, XXVI Jornadas Científicas y V Internacionales de la Sociedad Española de Ovinotecnia y Caprinotecnia. Consejería de Agricultura y Pesca. Junta de Andalucía, 2001, pp. 120-127.
- PÉREZ DÍAZ, A.: *Cambios y problemática en la dehesa. El Suroeste de Badajoz*. Servicio de Publicaciones de la Universidad de Extremadura, Cáceres, 1998.
- PÉREZ DÍAZ, A.: “Extremadura ¿Un espacio latifundista?”, VII Coloquio de Geografía Rural, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Córdoba, Córdoba, 1994, pp. 84-89.
- PÉREZ DÍAZ, A.: “Reflexiones en torno a la sostenibilidad de la dehesa”. *Geographicalia*, 48, 2005, pp. 101-119
- PÉREZ DÍAZ, A.: “La ganadería extremeña: 1986-2008”. XIV Coloquio de Geografía Rural: *Los espacios rurales españoles en el nuevo siglo*. AGE y Universidad de Murcia, 2008.
- PÉREZ, A.; LECO, F. y BARRIENTOS, G.: “Población y despoblación en Extremadura”. Gobierno de Extremadura y GEDERUL, Cáceres, 2012.
- PÉREZ, A.; LECO, F. y SILVA, R. (2013): “La dehesa, un paisaje amenazado”, en Molinero, F. (Coord.): *Atlas de los paisajes agrarios de España*. Tomo I, MAGRAMA, Madrid, 2013, pp. 256-267.
- PLIENINGER, T.: *Las dehesas de la penillanura cacereña. Origen y evolución de un paisaje cultural*. Universidad de Extremadura. Cáceres, 2006.
- RIVERA MATEO, M.: *Explotación agraria y ocupación del espacio productivo en Sierra Morena*. Servicio de Publicaciones de la Universidad de Córdoba, Córdoba, 1992.
- RODRÍGUEZ, C.-BEOLETTO, V.-FINOLA, M.: “Evaluación bacteriológica en desechos orgánicos pecuarios”. *Revista agronómica del NOA*. UNT. Vol. 9, n.º 3-4, 1997 pp. 151-164
- RUBIO RECIO, J.M.: “Los paisajes de dehesa en función del manejo y la explotación” en MELÓN, M. A.; RODRÍGUEZ, A.; PÉREZ, A. (Coord.):

Extremadura y la trashumancia (siglos XVI-XX). Junta de Extremadura, Mérida, 1999, pp. 149-161.

SÁNCHEZ FERNÁNDEZ, J.: (2013) “Las macromagnitudes agrarias”. *La agricultura y la ganadería extremeñas*. Caja Badajoz, 2013, pp. 37-52.

SAN MIGUEL AYANZ, A.: *La dehesa española. Origen, tipología, características y gestión*. Fundación Conde del Valle de Salazar, Madrid, 1994.

ZAVALA, M. et al.: “Nuevas perspectivas en la conservación, restauración y gestión sostenible del bosque mediterráneo” en VALLADARES, F.: *Ecología del bosque mediterráneo en un mundo cambiante*. Ministerio de Medio Ambiente, Madrid, 2004, pp. 509-529.